

te, á los no siempre interesantes espectáculos que se organizan en nuestro Gran Teatro. No nos place escuchar música, muchas veces mala, entre... habladurías ó cuchicheos.

F. LLIURAT.

SAN SEBASTIÁN

Concierto del Orfeón Donostiarra.

Ayer se inauguró con un selecto concierto el elegante salón de audiciones del nuevo local que ocupa el Orfeón Donostiarra, en el edificio llamado de Bellas Artes, en la calle de Urbietta.

Como prueba de la afectuosa solidaridad que existe entre las sociedades análogas de la región vascongada, y como demostración del entusiasmo con que en ella se cultiva el arte musical, vinieron á honrar el simpático acto con su presencia, representaciones de la Sociedad Coral y Orfeón Euskaria, de Bilbao, y del Orfeón Pamplonés.

Empezó la función con la sonata de César Franck, tocada por dos verdaderos artistas donostiarras: el pianista señor Pagola, al cual no necesitamos presentar, porque conocidas son de sobra sus relevantes cualidades de músico de primera fuerza y al violinista señor Albeno, discípulo distinguido de Thomson, que ha ejercido su profesión en el extranjero, y al cual las presentes tristes circunstancias han obligado á buscar hospitalidad en su ciudad natal. Tiene el señor Albeno una dicción correcta é impecable, matiza muy bien, huyendo de tópicos y de exageraciones, su estilo es clásico é irreprochable y arranca hermosos sonidos al instrumento. Fué digno compañero del señor Pagola, en la perfecta interpretación que ambos dieron á la célebre sonata.

El señor Albeno tocó, en la segunda parte del concierto, las «Variaciones de Tartini», sobre un tema de Corelli, un andantino del padre Martini y un *allegretto* de Bocherini, oyendo, como en la sonata, estruendos y repetidos aplausos.

Otro tanto digo del señor Pagola, quien lo mismo en cuatro preludios de la música amorfa, invertebrada, sin líneas, ni ritmos del Debussy, como en el *Albaicin*, del malogrado Albeniz, estuvo á la altura de su merecida reputación.

Mención especial hemos de hacer de la solista del Orfeón, señorita Gabina Pérez, que, acompañada al piano por su profesor señor Esnaola, cantó con afinación perfecta y gusto depurado el difícil rondó de «Lucía».

La tercera parte del concierto estaba á cargo del Orfeón. Empezó éste su labor con las «Escenas Tártaras», del veterano Laurent de Rillé, cantadas con la precisión, ajuste y vigor característicos de nuestra masa coral de hombres.

Los señores Guridi y Usandizaga, honraron el acto, dirigiendo cada una composiciones suyas sobre motivos vascos. El público, les tributó una ovación prolongada, lo mismo que al infatigable y benemérito señor Esnaola, al terminar de dirigir otra composición suya sobre temas vascongados.

El hermoso y simpático acto terminó con un mosaico, no siempre feliz, ni mucho menos, como arreglo, de los *Maestros Cantores*, interpretado de un modo insuperable por el coro mixto. Una vez más hemos podido admirar la frescura de las voces, el método de canto espontáneo, fácil en apariencia, el vigor en las ocasiones que lo requieren, la delicadeza en otras, las cualidades, en fin, que hacen de nuestra sociedad coral una de las entidades primeras de su clase en España, y acaso del Extranjero.

Nuestras más calurosas felicitaciones á todos.

El Orfeón Donostiarra es la única organización musical que aquí tenemos. No sólo se sostiene firme y decididamente, sino que avanza cada día en el camino del arte, constituyendo un verdadero timbre de gloria para la ciudad y para el país euskaro. Ya era hora de que tuviese un local digno de él.

Febrero, 1915.

SANTANDER

Los conciertos de la «Schola Cantorum», de Comillas.— Hermosa labor del P. Nemesio Otaño.—Su trascendencia para el arte religioso y para el arte en general.

Excepcional importancia han alcanzado este año las fiestas musicales, organizadas en el Seminario Pontificio de Comillas, en celebración de la Navidad. Al interés de los programas á ejecutar por la magnífica agrupación coral, fundada y dirigida por el eminente músico R. P. Nemesio Otaño, uníase el de asistir á las solemnidades artísticas—de tal pueden calificarse dichos conciertos, sin caer en hipérbole—el ilustre compositor alavés Guridi, autor de la hermosa partitura de *Mirentxu* y actual director de la *Sociedad Coral*, de Bilbao.

El programa de mayor altura, fué el del día 30 de Diciembre. En la primera y tercera parte, la *Schola Cantorum*, dirigida por el P. Otaño, interpretó maravillosamente el *Angelus ad Pastores*, el *Gloria* y el *Alleluia* del Oratorio *Christus*, de Liszt; *Negra Sombra* y la *Canción del Carretero*, del P. Otaño; *El Milagro de las Rosas*, del Oratorio *Santa Isabel*, de Liszt, el *Prólogo* y la *Primera Bienaventuranza*, de *Beatitudes*, de César Franck, y el *Alleluia* del *Mesías*, de Händel. La segunda parte estuvo dedicada á obras de Guridi, bajo su dirección. El compositor fué aclamado, y para corresponder á las ovaciones de que fué objeto, hizo oír al piano dos primorosos juguetes: un *Vals*, sobre motivos de *Mirentxu* y una deliciosa *Ronda Infantil*.

Del P. Otaño y dirigidas por él, se oyeron con verdadero embelleo, varias obras corales inspiradas en el *folk-lore* vasco, que el sabio músico conoce y siente como nadie. De ellas mencionemos como las más ricas en ideas y las más exquisitamente armonizadas, las que llevan por título *Mattasun*, *Txeru*, *Anton Aizkorri* y *Goiko mendijan*.

Es un gran talento el de este preclaro jesuita, compositor y maestro insigne, y una hermosísima obra, la que silenciosamente, modestamente, viene realizando en ese escondido rincón de la brava costa cantábrica. En brevísimos años, poniendo al servicio de sus ideales artísticos todos los momentos de su vida fecunda que le dejan libre la oración y las prácticas religiosas, ha logrado formar un organismo coral magnífico, digno de competir con los mejores, estupendo de equilibrio, de justeza, de fusión, de matizado, de precisión rítmica, y además, y esto es lo más importante, perfectamente consciente de lo que interpreta. Porque no se limita el laboriosísimo P. Otaño á formar el sacerdote músico, sino el sacerdote artista y de extensa cultura. A ese objeto, no sólo enseña al cantor desde los primeros rudimentos del solfeo hasta los más intrincados secretos del contrapunto y de la composición, cuando el escolar reúne las necesarias aptitudes para ello, sino que en la cátedra, en los ensayos, en las horas de recreo, les va instruyendo en estética é historia del arte, y en la vida de los grandes músicos, les educa paulatinamente el gusto y el sentimiento, les orienta y encamina, obligándoles á analizar de un modo detenido las obras maestras, y, por si esto no bastara, pone á la libre disposición de los alumnos de la *Schola* su copiosísima y selecta biblioteca literaria-musical, en la que pueden estudiar desde las obras de los clásicos del siglo XVI hasta las más modernas escuelas y tendencias.

Fácilmente se alcanza, dicho lo que antecede, la enorme trascendencia que esta admirabilísima empresa del P. Otaño, ha de tener en un porvenir próximo, no sólo para el arte religioso y el mayor prestigio del culto, sino para el arte músico en general. En un plazo de diez, de quince, de veinte años, la *Schola Cantorum*, de Comillas, habrá diseminado por España, unos cuantos centenares de sacerdotes, que á sus virtudes y talentos, unirán la preciosa circunstancia de llevar en sus espíritus con la llama de la Fe, el sagrado fuego del arte, con el amor á Dios en grado sumo, el amor á la Música, que nos acerca á la divinidad. Y esos sacerdotes artistas, ya desde su modesta parroquia rural, ya en los templos de las ciu-

G.

dades, realizarán un doble apostolado, que será tan beneficioso para la Religión como para el Arte.

¡Ay, si nuestros Conservatorios y nuestras Academias, de música contaran con maestros como el P. Otaño; si esos centros oficiales y particulares, abatiendo funestas rutinas, se preocuparan de hacer músicos artistas en vez de fabricar artesanos del sonido, en los que toda ignorancia tiene asiento y que ni salen ni hacen por salir en toda su vida de su vergonzoso analfabetismo, cuan diferente nivel alcanzaría España en la vida musical del mundo, y en qué brevísimo plazo podríamos reconquistar pasadas glorias!—A. Barrado.

GIJÓN

Los conciertos de la Filarmónica.

Dos señoras se presentaron últimamente en la Filarmónica; Carmencita Pérez y Margarita Caponsacchi-Feisler.

En Carmencita se advierten vacilaciones y tanteos explicables, si se tiene en cuenta que da los primeros pasos entregada á sí misma. Unas veces parece que de intento procura imprimir en su labor un sello original: otras, por el contrario, se esfuerza en imitar á algún concertista célebre.

No hay que decir cuán equivocados son ambos procedimientos. La personalidad surge espontáneamente y quien de propósito la busca, si á tiempo no se corrige, cae en el amaneramiento ó en la extravagancia.

Ocurre, también, que en toda interpretación hay siempre algo tan íntimo, tan individual, que es inimitable: de modo que más vale el trabajo propio, espontáneo y modesto, que la imitación de un gran modelo.

Es de esperar que esa desorientación sea pasajera y que el buen instinto artístico de Carmencita la conduzca, al fin, al verdadero camino: el de la sinceridad.

La sonata *Appassionata*, composición, según Berlioz, la más bella que ha producido el genio músico, requiere estudio muy detenido, muy profundo, para exigir que un principiante la presente en toda su grandeza; sin embargo, Carmencita tuvo momentos afortunados. En el último tiempo, que llevó á una velocidad extraordinaria, lució la ligereza de sus dedos.

Con bastante acierto ejecutó *Novelletten, núm. 1, Papillons noirs*, de Schumann y la *Rapsodia núm. 10* de Liszt, y obtuvo un verdadero éxito en *El Puerto, Córdoba, Sevilla, Cádiz*, de Albéniz, y en *Fandango de candil*, de Granados.

Carmencita es una intérprete ideal de la música española, en la que pone su alma de andaluza y á ese género, ya bastante nutrido y de mérito eminente, debe dedicarse con predilección, segura de cosechar muchos aplausos.

No es el violonchelo instrumento de efectos brillantes, pero sí de sentimiento y poesía. No arrebatará de entusiasmo á los públicos, pero conmoverá á los buenos aficionados, y si quien lo maneja vale tanto como Margarita Caponsacchi, la emoción artística llegará á sus últimos límites.

Madame Caponsacchi es, en efecto, de cuantas violonchelistas he oído, la única que merece en justicia el nombre de tal. Une á la sonoridad más amplia y hermosa, soltura de arco, expresión, delicadeza... Además posee una gran virtuosidad y no hace ostentación de ella, cualidad inestimable, porque si bien es cierto que el virtuosismo no está de moda, como rastro de un pasado todavía muy próximo, la mayoría de los solistas propende al virtuosismo, para lucir la habilidad lograda tras largos años de paciente estudio ó para lograr el aplauso de la gran masa de oyentes, de educación artística rudimentaria, que gusta de lo que encuentra agradable al oído, sin hacerse cargo de que los chaparrones de notas son pura exterioridad, no llevan «nada dentro». El virtuosismo de madame Caponsacchi es el discreto, el que debe poseer todo instrumen-

tista, el que asegura siempre la ejecución perfecta á prueba de dificultades.

Las obras elegidas para este concierto fueron las sonatas *en sol* de Haendel y en *la menor* de Grieg; *Allegro, Adagio y Minué variado*, de Locatelli; *Chant de soir*, de Schumann, y *Allegro Appassionato* de Saint-Saëns.

A cada una de esas composiciones dió madame Caponsacchi su verdadero carácter: gracioso y delicado á la sonata de Haendel, grave á la de Grieg; expresivo en grado sumo al inspiradísimo «Canto de la tarde».

Mr. Feisler acompañó en el piano á su mujer muy discretamente. Con decir que contribuyó al buen éxito del conjunto, queda hecho su mejor elogio.

DI GONSA.

Gijón, Febrero, 1915.



Extranjero

Fernández Arbós en Roma.—Los conciertos del «Augusteo». Nuestro compatriota juzgado como director.—Obras españolas dadas á conocer al público romano.

Hallándome accidentalmente en Roma y comprendiendo el interés que para los lectores de nuestra Revista había de revestir una información acerca de los conciertos del *Augusteo*, bajo la dirección de nuestro ilustre compatriota Enrique Fernández Arbós, y en los que se han ejecutado diversas obras de compositores españoles, he asistido á los mismos y ahí van estas líneas de simple registro de este acontecimiento tan ha'agüño para nuestro arte.

Las sesiones fueron tres, con programas muy interesantes. El público, no muy numeroso, pues de una parte los conciertos del Constanzi, en los que se exhibía el niño-director Willy Ferrero, gran sugestionador de muchedumbres, y de otra la falta de «reclame», el *cattivo tempo*, y la coincidencia de las fiestas de Navidad, muy gratas para pasarlas en familia, alejaron de las audiciones, especialmente de las dos primeras, buen contingente de filarmónicos.

La acogida dispensada á Arbós como director ha sido cariñosísima, reconociéndosele unánimemente sus extraordinarias calidades de *Kapellmeister*. Uno de los más autorizados críticos, dice: «Es un director pleno de energía, dominador seguro de la masa orquestal, de la que sabe obtener efectos magníficos de precisión y colorido». Los doctos creen hallar en Arbós quizá un poco de exceso de temperamento para interpretar á Beethoven y los clásicos, pero en cambio ven en ese meridionalismo nervioso una condición inapreciable para traducir con justa expresión á los románticos y, sobre todo, á sus connacionales. Sus versiones de los fragmentos wagnerianos, de la *Quinta Sinfonía* de Dvorak, de los tres tiempos de la *Sinfonía Antar* de Rimsky-Korsakof, y del poema *Muerte y Transfiguración*, del gran neo-romántico Strauss, fueron tenidas por excelentes, concediéndose á Arbós, sin regateos, el supremo lauro, en ese difícil *Augusteo*, en donde han naufragado no pocas resonantes famas extranjeras. Este triunfo del arte español debe enorgullecernos y alegrarnos, sacudiendo nuestros pesimismo y nuestras desesperanzas, terrible obstáculo que nosotros mismos nos oponemos y oponemos á cuantos luchan noblemente por colocar á España en lugar preeminente en el mundo musical.

En el primer concierto dió á conocer Fernández Arbós, la *Evocación* y *El Puerto*, de Iberia, de Albéniz, y una *Danza* de Granados, más la original humorada, *Catalonia*, del primero de dichos